

Jesús Mosterín

India

Historia del pensamiento



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Retrato de un camellero*
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jesús Mosterín, 2007
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-566-3
Depósito legal: M. 36.381-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo a la segunda edición
- 17 Introducción
 - 17 El marco geográfico
 - 19 La cultura protourbana del Indo
 - 21 Hinduismo
 - 24 Aportación al pensamiento
- 27 1. Los arios en la India
 - 27 Los indoarios
 - 31 El *RigVeda* y sus dioses
 - 38 Especulación en el *Veda* final
 - 43 Cultura aria tardía
 - 46 Ritos y sacrificios
 - 48 Los *Brāhmaṇa*
 - 51 *Prajāpati*
- 55 2. La India clásica temprana
 - 55 Monarquías y repúblicas
- 60 3. Las *Upanishad*
 - 60 Sentadas confidenciales
 - 63 Karma, samsara, moksha
 - 67 La identidad de atman y Brahman
- 72 4. El jainismo
 - 72 Las escuelas heterodoxas

76	Mahavira y los jainas
81	La filosofía jainista
85	Metafísica y moral de los seres vivos
93	5. Buda
93	Vida de Buda
99	El contexto brahmánico del pensamiento de Buda
103	Las cuatro nobles verdades
112	La comunidad budista
117	6. Ashoka y la India clásica posterior
117	Ashoka Maurya
120	La victoria del <i>Dharma</i>
128	Los Shunga y los indogriegos
130	Los Kushana y los Satavahana
134	El auge del comercio
138	7. La evolución del budismo
138	La fragmentación del budismo
144	El Theravada
149	La Sarvastivada
152	El budismo Mahayana
159	Nagárjuna
163	8. La ciencia india antigua
163	La lingüística en la India
166	Pánini y la lingüística
169	La matemática de los <i>Śulvasūtras</i>
172	9. Del esplendor de los Gupta al de la India meridional
172	El <i>Mahabhārata</i> y la <i>Gita</i>

175	El Imperio Gupta
180	Arte y literatura
184	Apogeo de la India meridional
189	10. Aspectos del hinduismo
190	Los «colores» y las castas
196	La condición femenina
200	Las edades del hombre
202	Los cuatro fines del hombre
206	El hinduismo devocional o <i>bhakti</i>
210	11. Las escuelas filosóficas
210	Las seis filosofías
213	Nyaya
217	Vedanta
222	Shankara
224	Nirguṇa Brahman
225	El mundo fenoménico como <i>vivarta</i>
228	El mundo empírico no es real ni irreal
231	La liberación del alma
235	Ramanuja
238	12. La India bajo el islam
238	Incursiones y conquistas islámicas
241	El Sultanato de Delhi
245	El Imperio Mogol
252	13. India bajo el dominio británico
253	Portugueses y holandeses en busca de las especias
254	La East India Company
256	La rebelión de 1857
258	El <i>Raj</i> o Imperio Británico de la India

259	El Renacimiento bengalí
259	Ram Mohan Roy
261	Rabindranath Tagore
264	El movimiento hacia la independencia
264	Mahatma Gandhi
272	14. La India independiente
272	Independencia de la India
273	Sardar Patel
274	Jawaharlal Nehru
276	Indira Gandhi
277	Rajiv Gandhi y Narasimha Rao
279	El Partido Bharatiya Janata
280	Pensamiento indio del siglo XX
280	Filosofía
283	Ciencias sociales
285	Ciencias naturales
288	Matemática e informática
291	Notas
297	Bibliografía
307	Apéndice
311	Índice analítico

Prólogo a la segunda edición

El pensamiento filosófico surgió simultáneamente, en el siglo –vi, en tres zonas distintas y distantes de nuestro planeta: en la India, en China y en Grecia. En los dos siglos siguientes se produjo un desarrollo espectacular de la especulación y la reflexión, que abrió los cauces por los que las tres grandes tradiciones filosóficas (la india, la china y la occidental) habrían de discurrir durante los dos mil años siguientes. Lo simultáneo de esa triple explosión intelectual no ha dejado de sorprender a comentaristas e historiadores. Karl Jaspers ha caracterizado ese período como el tiempo-eje, es decir, como la bisagra en torno a la cual se articularía la historia entera del pensamiento. Pero tales expresiones son meras metáforas, no explicaciones. En realidad no estamos en posición de explicar que así tenía que haber ocurrido. Hemos de limitarnos a constatar que así ocurrió. Por ello, aunque la descripción de las doctrinas esté aquí precedida por una

somera indicación acerca de la situación política, social y cultural en que surgieron, no pretendemos en modo alguno que tal alusión a la situación social constituya una explicación de las doctrinas expuestas.

La filosofía india, la china y la griega surgieron en mundos distintos y tuvieron desde el principio un carácter muy diferente. Hasta la introducción del budismo en China, el pensamiento indio y el chino no tuvieron nada que ver entre sí, ni se influyeron en modo alguno. La India ha conservado mucho mejor que China sus tradiciones intelectuales y espirituales clásicas y ha sabido hacerlas compatibles con su reciente despegue económico y su apertura a la cultura globalizada de nuestro tiempo. De todos modos, este libro no está centrado en la India actual, a la que solo se alude en el último capítulo, sino en los tres mil quinientos años de historia que van desde la civilización de Harappa hasta nuestros días. La mayor atención se presta al gran pensamiento clásico de la India, desde las Upanishad hasta el Advaita Vedanta, pasando por corrientes intelectuales tan importantes como el budismo y el jainismo y sin olvidar las contribuciones indias a la matemática y la lingüística, enmarcándolo en su contexto histórico y social.

Ha sido la tradición filosófica occidental (y no otra) la que ha dado lugar a la ciencia universal actual, en la que la India participa activamente. Eso le concede una preeminencia indiscutible en el panorama del pensamiento mundial. Pero, si dejamos de lado los gérmenes científicos que contiene, en todo lo demás no es superior a las tradiciones india y china. En algunos aspectos incluso es inferior. El respeto reverencial por todas las criaturas vi-

vientes de budistas y jainistas, y la impregnación de la vida entera por la meditación pueden servir como ejemplos. Precisamente la actual preocupación por la paz y por la protección de la naturaleza, asociada a nuestra nueva sensibilidad ecologista, nos lleva a constatar las insuficiencias de nuestra propia tradición y a abrirnos con generosa curiosidad a otros horizontes culturales. Ojalá este librito contribuya a despertar en algún lector esa conciencia universal y planetaria, que tanto necesitamos.

La India actual sigue siendo una gran potencia espiritual que brilla con luz propia. No en vano es la India el único país en que un gran filósofo, Radhakrishnan, ha sido Presidente de la República. Su herencia intelectual es una de las fuentes más originales del pensamiento humano.

Mi primer contacto con la indología tuvo lugar en mi ya lejana época de estudiante en Madrid. Me matriculé por curiosidad en un curso voluntario de indología que impartía Roger Rivière en la universidad. Aunque al principio éramos dos los alumnos, pronto me quedé yo solo, con lo que pude aprovechar especialmente las clases. La fascinación por la India no me ha abandonado nunca. Mi primer libro sobre esta temática fue *El pensamiento de la India* (Salvat Editores, 1982), seguido de *La filosofía oriental antigua* (Alianza Editorial, 1983). Algunas páginas del presente libro todavía proceden de esos esfuerzos anteriores, aunque la mayoría son nuevas y todas han sido revisadas considerablemente. Agradezco a Agustín Pániker la generosidad que ha tenido de leer con atención este libro y de hacerme numerosas y pertinentes observaciones, que han contribuido a mejorarlo,

aunque no siempre he seguido sus sabios consejos, por lo que los errores que queden han de atribuirse en exclusiva al autor. La primera edición de este libro apareció en 2007. Cubría el desarrollo de la India y su pensamiento hasta el siglo xvii. Agotada ya, ahora se publica la segunda edición, que no solo revisa y corrige todo el texto anterior sino que añade dos capítulos completamente nuevos («13. La india bajo el dominio británico» y «14. La India independiente»), que llevan el estudio del pensamiento indio hasta nuestros días.

Mi participación inaugural en el Congreso Mundial de Filosofía, celebrado en Delhi en diciembre de 2006, fue la ocasión de múltiples encuentros y discusiones con colegas indios de las diversas tendencias. Todavía estoy impresionado por la profundidad poco habitual de algunos pensadores indios, como Karan Singh o Debi Chattopadhyaya. El pensamiento indio, al menos en sus mejores versiones, parece singularmente preparado para contribuir a la integración de la ciencia actual y la búsqueda espiritual; es también la tesis final de Karan Singh, que piensa que el Advaita Vedanta es la filosofía que mejor puede servir de base intelectual a la sociedad global.

Algunas palabras, como «avatar», «brahmán», «gurú», «karma» o «samsara», ya han sido admitidas en el diccionario de la Real Academia Española. Otras, como «atman», «Brahman» (no confundir con brahmán), «moksha», «nirvana», «dharma» y «varna», también serán introducidas en este libro y usadas frecuentemente. El humano es el ser humano (hombre o mujer); experimentar algo es tener experiencia de ello.

Para los nombres sánscritos he usado, la primera vez que los empleo, el sistema habitual de transcripción, utilizado por los indólogos de todo el mundo y que está brevemente descrito en el apéndice situado al final de este libro. Como este sistema requiere el uso de signos diacríticos que entorpecen la lectura y no aportan información al lector desconocedor del sánscrito, en los usos subsiguientes de esos términos hemos relajado la transcripción, suprimiendo los signos diacríticos que indican la longitud de las vocales y, por ejemplo, escribiendo *ri* en vez de *ṛ* y *sb* en vez de *ṣ* o de *ś*. También hemos marcado el acento de algunos nombres propios esdrújulos, a fin de orientar al lector sobre cómo pronunciarlos. Las transcripciones estrictas van siempre en cursiva; las versiones relajadas van en letra redonda, excepto si son títulos de obras, que se escriben en cursiva. Con todo ello espero haber alcanzado un equilibrio razonable entre fidelidad y comodidad, que espero sea útil al lector.

Moià, mayo de 2016
Jesús Mosterín



Introducción

El marco geográfico

El río Indo nace en el Himalaya, atraviesa el actual Pakistán de norte a sur y desemboca en el océano Índico al sur de Karachi, en la provincia de Sind, a la que da nombre. Llegando a la India desde Persia, lo primero con lo que uno se tropieza es con el río Indo. A los persas antiguos les resultaba difícil pronunciar el nombre sánscrito de este río, *Sindhu*, y acabaron pronunciándolo como *Hindu*. Los griegos a su vez simplificaron el vocablo como *Indos*, de donde procede el nombre «Indo» que todavía nosotros le damos. Por eso, diversos viajeros y conquistadores acabaron designando el país y sus habitantes con el nombre del río, que no tenía nada que ver con religión o cultura alguna. En la India antigua no existía el nombre «India»; en todo caso, se hablaba de *Bhārat*, nombre que deriva del emperador *Bhārata* y que aparece en el título de

la gran epopeya, el *Mahabhārata* (*Mahābhārata*). Todavía ahora, el nombre autóctono de la República de la India es *Bhārata Gaṇarājya*. Sin embargo, el inglés se ha convertido en la *lingua franca* de la India actual, lo que ha llevado a la adopción generalizada del término «India».

Hay que distinguir la actual República de la India, surgida de la partición tras la independencia del dominio británico en 1947, de la India histórica, que abarca todo el subcontinente indio, es decir, los amplios espacios comprendidos entre el Himalaya y el océano Índico, que incluyen los territorios de Pakistán, la República de la India, Nepal, Bután, Bangla Desh y Sri Lanka.

El subcontinente indio puede considerarse dividido en dos grandes zonas geográficas, la del norte y la del sur, separadas por el río Narmada y los montes Vindhya. El norte está formado por enormes llanuras, entre las que destaca la cuenca del Ganga (o Ganges) y su afluente el Yamuna, en el centro y este, así como la ya citada del Indo, en el noroeste. La zona meridional forma una península triangular bordeada al norte por el río Narmada y al oeste y este por las costas del océano Índico (llamado golfo de Bengala al este y mar de Arabia al oeste). Entre los montes Vindhya, al norte, los montes Ghats occidentales y los Ghats orientales hay una amplia meseta o altiplano rocoso, llamado el Decán. La costa occidental del Decán es escarpada y montañosa; la oriental es más llana y suave. La mayor parte del Decán occidental está constituida por altas mesetas rocosas; la oriental, por fértiles llanuras. Los ríos, como el Godavari y el Krishna, nacen en el oeste, atraviesan el Decán en dirección este y desembocan en las llanuras orientales.

La cultura protourbana del Indo

En el milenio comprendido entre -3500 y -2500, aproximadamente, las culturas neolíticas cerámicas del borde oriental del Beluchistán se fueron extendiendo por el inmenso valle aluvial del Indo. Poco antes de -2500 la creciente población logró un control adecuado de las inundaciones del río y sus afluentes, con lo que la agricultura se desarrolló sin trabas. No sabemos qué acontecimientos políticos lo precipitaron, pero una cultura protourbana se extendió por una inmensa región de unos 1 300 000 km² (más del doble que la península Ibérica). Se han descubierto unos ciento cincuenta asentamientos de esta cultura, de los cuales algunos, como Mohenjo-Daro, Harappa, Kalibangan, Lothal y Surkotada, eran verdaderas ciudades. Entre Lothal, al sur, y Rugar, al norte, hay unos 1700 km de distancia. Incluso entre las dos principales ciudades, Mohenjo-Daro y Harappa, hay unos 600 km. Esto da una idea de la extensión de esta área cultural, bastante mayor que la de Mesopotamia o Egipto. Se fabricaban instrumentos de cobre, pero no de hierro. En todo este inmenso territorio se usaban las mismas medidas y pesos, la misma escritura y los mismos sellos y se practicaba la misma religión.

Las ciudades de la civilización del Indo constaban de dos partes: al oeste, y elevada sobre un montículo de adobe, destinado a ponerla a salvo de las posibles inundaciones, se encontraba la ciudadela amurallada, centro religioso y administrativo. Al este se hallaba la ciudad baja, residencia de sus habitantes. La preocupación por la higiene pública, por los desagües y las alcantarillas consti-

tuye uno de los rasgos más notables de la civilización del Indo, que en este aspecto no sería superada hasta el Imperio Romano, dos mil años más tarde. El urbanismo respondía a un trazado regular y planificado de las calles. Cada una de las dos mayores ciudades, Mohenjo-Daro y Harappa, tenía unos 37 000 habitantes.

Un activo comercio interior conectaba los numerosos poblados y ciudades del Indo. Carros con ruedas, tirados por bueyes, transportaban las mercancías. El comercio exterior, terrestre y marítimo, llegaba hasta Mesopotamia. Precisamente para satisfacer las necesidades del comercio se desarrolló la escritura, posiblemente a partir de impulsos llegados de Mesopotamia, aunque adquiriendo una forma completamente independiente. Hasta ahora no se ha logrado descifrar esta escritura protoíndica, por lo que nada sabemos de su historia política ni de su pensamiento.

De todos modos, los restos materiales conservados de la cultura del Indo nos permiten hacernos alguna vaga idea acerca de su religión, que parece mostrar algunos caracteres que luego reaparecerán en el hinduismo. En las ciudades había templos de ladrillo, que incluían lugares para el sacrificio de animales y grandes piscinas para los baños o abluciones rituales, como el gran baño de Mohenjo-Daro. Un gran número de figuritas de terracota de la diosa Madre atestiguan la popularidad de su culto. Algunas estatuas masculinas encontradas en los templos y diversas imágenes grabadas en los sellos indican el culto a un dios masculino, representado con cuernos y alguna vez con falo erecto y en posición de yoga, que parece ser un antecedente de Shiva. También se han

encontrado piedras en forma de falo, que recuerda al *lingam*, emblema fálico de Shiva. Otros grabados de los sellos indican un culto a los espíritus de los árboles y al árbol pipal (*Ficus religiosa*). Muchos de estos elementos de la civilización del Indo desaparecerían de la cultura oficial con la llegada de los arios, que formarían la nueva clase dominante, aunque el pueblo los conservaría parcialmente; luego reaparecerían en el hinduismo posterior, síntesis de elementos indoeuropeos y autóctonos.

La civilización del Indo floreció durante cinco siglos entre -2500 y -2000, aproximadamente. A partir de ese momento empezó a decaer. No se conocen con certeza las causas de esa decadencia. Parece que factores climáticos y geológicos como los cambios del curso del río, los levantamientos del suelo y las inundaciones tuvieron una influencia decisiva. Cuando los arios llegaron al Indo, las ciudades estaban en ruinas, y ellos se limitaron a darles el golpe de gracia. Una de las mayores civilizaciones de la historia se hundía en el olvido. La historia india propiamente dicha se inicia con la llegada de los arios, que narraremos en el próximo capítulo.

Hinduismo

Los arios que ocuparon el norte de la India tras el derumbe de la cultura del Indo trajeron consigo su lengua indoeuropea, que acabaría dando lugar al védico, al sánscrito, a los prácritos (como el pali, la lengua de las escrituras del budismo theravada) y a las lenguas indoeuropeas de la India actual, como el hindi/urdu, el bengalí

y el marathi. Los aborígenes hablaban otras lenguas, que con el tiempo acabarían dando lugar a las lenguas dravídicas del sur de la India, como el tamil, el telegu y el kanada. En la actual República de la India se hablan 800 lenguas, de las que 23 son oficiales. Como *linguas francas* sirven el hindi y el inglés. Los arios trajeron consigo sus nuevas ideas, que con el tiempo acabarían mezclándose con las de los drávidas, dando lugar a un medio cultural enormemente variado y rico, que suele ser conocido como el hinduismo.

Los árabes aparecieron en la India ya en el siglo viii, cuando se establecieron en Sind. Desde el siglo x los musulmanes de origen turco y mongólico realizaron repetidas incursiones y conquistas en el norte de la India, que desde el siglo xiii quedó sometido al dominio islámico. Estos invasores musulmanes de la India distinguían desde el principio a los musulimes de los infieles (es decir, los no-musulimes) y, entre estos últimos, aprendieron pronto a diferenciar grupos como los budistas, los jainas o, más tarde, los sijs (o sikhs). ¿Cómo llamar a la mayoría de los habitantes del subcontinente, que seguían sin convertirse al islam y que tampoco eran budistas, ni jainas, ni sijs, ni miembros de los aislados grupos tribales? Los llamaron por el nombre del país, a su vez derivado del nombre del gran río que había que cruzar para alcanzarlo, es decir, los llamaron hindúes. Los persas y mongoles dieron a la India el nombre de Hindustán, que en persa significa «país de los hindúes»; a la lengua hindi o urdu, predominante en el norte y noreste de la India, la llamaron «hindustani». Los ingleses adoptaron el término «hindú» y, en sus estadísticas y actos administrativos, se in-

ventaron una «religión hinduista» para rellenar la casilla de los formularios referente a la religión de los indios que no eran musulimes, ni budistas, ni jainas, ni sijs, ni tribales. A su vez, la vaga noción de hindú e hinduismo ha sido trasladada al hindi, donde es también usada actualmente. La expresión clásica sánscrita para hablar de «hinduismo» es *Sanātana Dharma* (la ley eterna).

En 1923, Vinayak D. Savarkar introdujo el nuevo concepto de *Hindutva* (hinduidad) en un libro del mismo título. Dos años después, Keshan B. Hedgenar fundó la *Rashtriya Swayamsevak Sangh* (Unión nacional de voluntarios), una gran organización no gubernamental de cariz nacionalista y tradicionalista capaz de movilizar a amplias masas en defensa del hinduismo y su cultura, que ellos ven amenazados, y en contra de los influjos extranjeros y de los grupos musulimes y cristianos de la India. Fanáticos nacionalistas indios asesinaron a Mahatma Gandhi en 1948. En 1980 se fundó el partido político nacionalista *Bharatiya Janata* (el pueblo indio), que se presenta como el campeón de los valores nacionales, religiosos y étnicos de los hindúes y está apoyado por diversas organizaciones populares, como la ya citada *Rashtriya Swayamsevak Sangh*. El partido *Bharatiya Janata* logró gobernar la India en 1998-2004 con Atal Vajpayee como primer ministro y, de nuevo, a partir de 2015, cuando ganó las elecciones bajo el liderazgo de Narendra Modi. Paradójicamente, el nacionalismo hindú no tiene tradición ninguna en la India; se trata de una ideología decimonónica europea importada y adaptada a la India durante la lucha por la independencia, a mediados del siglo xx. La India obtuvo su independencia de Gran

Bretaña en agosto de 1947. Nunca antes la India había sido un Estado.

Aportación al pensamiento

La India no ha sido solo uno de los tres escenarios (junto a Grecia y China) en que ha surgido la filosofía de un modo independiente, sino que también ha destacado por la profundidad, la riqueza y la continuidad de sus aportaciones al pensamiento humano. La gran tradición filosófica china casi ha desaparecido en China misma, y en la Grecia actual bien poco perdura del esplendor filosófico de la Grecia clásica. Sin embargo, la India sigue siendo una gran potencia espiritual y sus variadas tradiciones intelectuales siguen gozando de notable vitalidad, compatible con su actual despegue científico y económico.

El historiador del pensamiento indio tiene que enfrentarse a la dificultad de la imprecisión cronológica de los datos y las fuentes. De tan centrados que estaban en los temas profundos y eternos, los indios del pasado han solido descuidar completamente el registro preciso de los datos históricos, biográficos y cronológicos. A diferencia de lo ocurrido en Grecia, Roma o China, en la India nunca se ha desarrollado una historiografía mínimamente fiable. Esta falta de sentido histórico y este desprecio por lo contingente se reflejan en la ausencia o la imprecisión de las fechas de personajes y acontecimientos. Incluso en el caso de pensadores tan importantes como Buda, Nagárjuna o Shankara, es imposible fijar las fechas de su nacimiento y muerte, teniéndonos

que limitar a indicaciones cronológicas vagas y aproximadas.

Hablando de la India, la palabra «religión» fácilmente da lugar a malentendidos; quizá lo mejor sea evitarla. El fermento espiritual, la religiosidad y la apertura a la trascendencia no se traducen en la India automáticamente en un teísmo, en la creencia en un dios personal (o varios), como ocurre en las tradiciones judaica, cristiana e islámica. Hay religiones ateas, como el jainismo y el budismo. Y hay filosofías ortodoxas panteístas, como el Advaita Vedanta, que consideran a los dioses como meras ilusiones.

La India siempre ha sido y sigue siendo espacio de muchas culturas, de muchas maneras de vivir y pensar. Los jainistas han sido quizá los que más han subrayado el carácter parcial de toda verdad y la tolerancia mutua. La riqueza espiritual de la India procede de esa diversidad. En el *Mahabhárata* se dice: «Oh rey, sé como el florista [que teje guirnaldas compuestas de flores diversas], no como el carbonero [que recoge maderas distintas y las reduce al mismo carbón vegetal]»¹.